

El Archivo de Sherlock Holmes

- 7 -

La aventura de los tres gabletes

No creo que ninguna de mis aventuras con Sherlock Holmes haya tenido un comienzo tan brusco y tan dramático como ésta que asocio con los tres gabletes y tejados triangulares. Llevaba varios días sin ver a Holmes e ignoraba por qué nuevo rumbo se encaminaban ahora sus actividades. Pero aquella mañana estaba de un humor hablador. Apenas me había instalado en el sillón, bajo y usado al lado de la chimenea, y mientras él se encogía con la pipa en la boca en el sillón de enfrente, llegó nuestro visitante. Si hubiese dicho que había llegado un toro furioso, habría dado una impresión más clara de lo que ocurrió.

La puerta se abrió de par en par e irrumpió en la habitación un fornido negro. Habría resultado un tipo cómico si no fuera por su fantástica figura. Vestía un traje chillón a cuadros grises, y llevaba una corbata flotante color salmón. Proyectaba su ancha cara y su nariz achatada hacia delante, y sus ojos tristes, que mostraban un rescoldo de malicia, nos miraban tan pronto al uno como al otro.

—¿Quién de ustedes es el señor Holmes? —preguntó en su característico inglés mal hablado.

Holmes alzó su pipa con una lánguida sonrisa.

—¿De modo que es usted? —dijo nuestro visitante, contorneando con andares desagradables y furtivos la esquina de la mesa—. Oiga señor Holmes, no meta usted cuchara en plato ajeno. Deje que cada cual se ocupe de sus asuntos. ¿Me ha comprendido, señor Holmes?

—Siga hablando —le contestó Holmes—. Da gusto oírlo.

—Da gusto oírme, ¿verdad que sí? —gruñó aquel bárbaro—. No le dará tanto si me obliga a decirle lo que pienso. A más de uno de su clase se la tenía jurada, y no estaban muy conformes cuando acabé de liquidar cuentas con ellos. ¡Fíjese en esto, señor Holmes!

Movió con un vaivén, debajo de la nariz de mi amigo, un puño descomunal y lleno de protuberancias nudosas. Holmes lo examinó con expresión del más vivo interés, y le preguntó:

—¿Nació con el puño así? ¿O es cosa que se desarrolla gradualmente?

Puede que debido a la frialdad de hielo de mi amigo, o tal vez por el ligero ruido metálico del hurgón^(instrumento de hierro para atizar el fuego) al agarrarlo; el hecho es que el ímpetu de nuestro visitante se apaciguó un poco, y dijo:

—Bueno, ya queda debidamente advertido. Tengo un amigo que tiene intereses en el camino de Harrow, ya sabe lo que quiero decir, y no está dispuesto a que nadie se entrometa en sus asuntos. ¿Se ha fijado en lo que le digo? Usted no es la ley, y yo tampoco lo soy, y si usted va por allí, nos veremos las caras. No se olvide ni por un instante de lo que le digo.

—Hace ya algún tiempo que deseaba conocerlo —dijo Holmes—. No lo invito a que se siente porque no me agrada su olor pero ¿no es usted Steve Dixie, el machacador?

—Así me llamo, señor Holmes, y lo probaré en usted si me hincha los labios.

—Seguramente sea lo último que necesita usted —le contestó Holmes, con la vista fija en la repugnante boca de nuestro visitante—. Sin embargo, fue la muerte del joven Perkins, delante del bar Holborn... ¡Cómo! ¿Se marcha usted?

El negro había retrocedido unos pasos, y su cara se había puesto lívida.

—No quiero oír hablar de semejante cosa —dijo—. ¿Qué tengo que ver con ese Perkins, señor Holmes? Yo estaba entrenándome en el Bull Ring, de Birmingham cuando ese joven se metió en problemas.

—Bueno, Steve, eso ya se lo contará al juez —le dijo Holmes—. Los he venido vigilando a usted y a Stockdale.

—¡Qué el Señor me contenga! Señor Holmes...

—¡Basta! Largo de aquí. Ya sabré tenerlo en cuenta cuando me haga falta.

—Buenos días, señor Holmes. Espero que no me guarde rencor por esta visita.

—Se lo guardaré si no me dice quién le envió.

—Bueno, señor, eso no es ningún secreto. Fue ese mismo caballero que acaba usted de nombrar.

—Y a él, ¿quién lo metió en esto?

—Eso sí que no lo sé, señor Holmes. Él se limitó a decirme «Steve, visita al señor Holmes, y avísale que su vida corre peligro si viene por Harrow». Esa es la pura verdad.

Sin esperar a que se le hiciesen nuevas preguntas, nuestro visitante se ausentó de la habitación casi tan precipitadamente como había entrado. Holmes sacudió las cenizas de su pipa, riéndose por lo bajo.

—Me alegro, Watson, de que no se haya visto obligado a romperle su lanuda cabeza con el hurgón. La verdad es que se trata de un individuo bastante inofensivo, de un bebé grande, musculoso, estúpido y fanfarrón, al que es fácil acobardar, como ya lo ha visto. Es uno de los miembros del grupo de Spencer John y ha participado en algunos asuntos sucios recientes, y que quizás aclare cuando disponga de tiempo. Su jefe inmediato, Barney, es un individuo más astuto. Se especializan en agresiones, intimidación y otros delitos por el estilo. Lo que me interesa saber es quién se esconde detrás de ellos en este caso.

—¿Y por qué razón pretenden intimidarlo?

—Por el caso de Harrow Weald. Y esto me ha decidido a examinar mejor ese asunto, porque hay algo feo oculto, por eso se toman todo este trabajo.

—¿Y de qué se trata?

—Se lo iba a explicar antes de que tuviésemos este interludio cómico. He aquí la carta de la señora Maberley. Si a usted le agrada, le enviaremos enseguida un telegrama y nos pondremos inmediatamente en camino.

Yo leí lo que sigue:

«Querido señor Holmes: Me están ocurriendo los más extraños incidentes en relación con esta casa, y agradecería mucho su consejo. Me encontrará en casa a cualquier hora del día de mañana. La casa se encuentra a un corto paseo de la estación de Weald. Tengo entendido que mi difunto esposo, Mortimer Maberley, fue uno de los primeros clientes que usted tuvo.

Suya muy atentamente,

MARY MABERLEY».

La dirección era: «*Los Tres Gabletes, Harrow Weald*».

—Ahí tiene, Watson —me dijo Holmes—. Bien, si dispone de tiempo, nos pondremos enseguida en camino.

Un viaje corto en ferrocarril, y un viaje todavía más corto en coche, nos condujeron hasta la casa, que era un edificio de ladrillo y madera que se alzaba dentro de su propio terreno de un acre de tierra de pastos sin cultivar. Tres pequeñas proyecciones encima de las ventanas superiores constituían como un débil intento de justificar el nombre. Detrás de la casa había un bosque de pinos melancólicos y a medio desarrollar, y todo el aspecto de la casa era pobre y deprimente. Sin embargo, nos encontramos con un interior bien amueblado, y nos recibió una señora muy simpática, entrada ya en años, con todas las muestras de cultura y refinamiento.

—Recuerdo a su esposo, señora —dijo Holmes—, aunque han transcurrido bastantes años desde que recurrió a mis servicios para yo no sé qué asunto de poca monta.

—Quizá le suene más el nombre de mi hijo Douglas.

Holmes miró a la señora con interés.

—¡Válgame Dios! ¿Es usted la madre de Douglas Maberley? Yo lo trataba, aunque superficialmente. Pero todo Londres lo conocía. ¡Qué magnífica persona! ¿Dónde se encuentra en la actualidad?

—¡Murió, señor Holmes, murió! Era agregado de la embajada en Roma, y murió el pasado mes a consecuencia de una pulmonía.

—Lo lamento. Parecía imposible ligar la idea de la muerte con un hombre como él. Jamás conocí a nadie que tuviera una vitalidad tan despierta. Vivía intensamente, hasta con su última fibra.

—Demasiado intensamente, señor Holmes. Esa fue su ruina. Usted lo recordará como era... gallardo y majestuoso. No ha visto la caprichosa, malhumorada y cavilante criatura en la que se convirtió. Su corazón se partió. En un solo mes me pareció ver a mi galante muchacho transformarse en un cínico y desgastado hombre.

—¿Una aventura amorosa... una mujer?

—O un demonio. Bien, no fue para hablar de mi pobre muchacho que le pedí que viniera, señor Holmes.

—El doctor Watson y yo estamos a su servicio.

— Han ocurrido varios sucesos muy extraños. He estado viviendo en esta casa durante más de un año, y he disfrutado de la ventaja de tener una vida retirada por lo que he visto poco a mis vecinos. Hace tres días recibí una llamada de un hombre que decía ser un comprador. Dijo que esta casa se adaptaba exactamente a los deseos de uno de sus clientes, y que si pudiera renunciar a ella por dinero no habría objeción. Me pareció muy extraño ya que aquí hay varias casas vacías en venta que aparecen ser igualmente elegibles, pero naturalmente estaba interesada en lo que decía. En consecuencia mencioné un precio que era quinientas libras más del que me ofrecía. Inmediatamente cerramos la oferta, pero añadió que su cliente deseaba comprar el mobiliario cuando pusiera un precio sobre él. Algunos de los muebles son de mi antiguo hogar, y son, como verá, muy buenos, por lo que le pedí una buena suma. En esto también estuvo de acuerdo. Siempre quise viajar, y el convenio era tan bueno que realmente parecía que podría ser mi propia dueña para el resto de mi vida... Ayer el hombre regresó con todos los acuerdos por escrito. Afortunadamente se los mostré al señor Sutro, mi abogado, quien vive en Harrow. Me dijo: «Este es un documento extraño. ¿Está segura que si usted firma no puede legalmente retirar algo de la casa... ni siquiera sus propias posesiones privadas?». Cuando el hombre regresó por la tarde llamé su atención sobre este tema, y le dije que sólo quería vender los muebles. Él me contestó «No, no, todo». A lo que le repliqué: «¿Pero mis ropas? ¿Mis joyas?». Él me dijo entonces: «Ah bien, algunas concesiones pueden hacerse para sus efectos personales. Pero nada saldrá de la casa sin que sea controlado. Mi cliente es una persona muy liberal, pero tiene sus manías y su manera propia de hacer las cosas. Todo o nada, es su consigna». «Entonces va a ser nada», le contesté. Y ahí quedaron las cosas; pero aquel asunto me pareció tan fuera de lo común, que pensé...

Al llegar a este punto tuvimos una interrupción muy extraordinaria. Holmes alzó la mano pidiendo silencio. Acto seguido cruzó la habitación, abrió de pronto la puerta y arrastró al interior a una mujer alta y delgada a la que había agarrado por el hombro. Ésta entró forcejeando torpemente igual que una enorme ave de corral a la que se saca de su nido cacareando.

— ¡Déjeme en paz! ¿Qué está usted haciendo conmigo? — chilló.

— ¿Qué ocurre, Susan?

— Señora, yo quería preguntarle si los señores que habían venido de visita almorzarían aquí, y en ese instante, sin mediar palabra, este señor se abalanzó sobre mí.

— Venía escuchándola desde hace cinco minutos, pero no quise interrumpir su interesantísimo relato. ¿No está algo asmática, Susan? Su respiración es demasiado fatigosa para esta clase de trabajo.

Susan se volvió hacia su cautivador con expresión huraña, pero asombrada.

—¿Y quién es usted, en todo caso, y qué derecho tiene para apurarme de ese modo?

—Lo hice simplemente porque deseo hacer una pregunta en su presencia. ¿Habló con alguien, señora Maberley, de que me iba a escribir para consultarme?

—No, señor Holmes; no se lo dije a nadie.

—¿Quién echó su carta al correo?

—Susan.

—Precisamente. Y ahora, Susan: ¿a quién escribió o a quién envió un mensaje advirtiéndole que su señora iba a consultar conmigo?

—Eso es una gran mentira. No envié ningún mensaje.

—Vea, Susan, que los que padecen de asma no viven mucho tiempo. Ya lo sabe. Decir mentiras es un pecado. ¿A quién avisó?

—¡Susan! —gritó su ama—. Creo que eres una mujer ruin y traicionera. Ahora recuerdo que la vi hablando con alguien sobre la cerca.

—Eso es de mi única incumbencia —dijo la mujer malhumoradamente.

—¿Podría suponer que era Barney Stockdale a quién le habló? — dijo Holmes.

—Y si lo conoce, ¿por qué pregunta por él?

—Porque no estaba seguro, pero ahora sí. Está bien, Susan, le daré diez libras si me dice quién está detrás de Barney.

—Alguien que puede ofrecer miles de libras por cada diez que tiene en el mundo.

—¿Entonces, es un hombre rico? No; sonrió... una mujer rica. Ahora que hemos llegado tan lejos, puede darnos el nombre y ganarse un billete de diez libras.

—Lo veré en el infierno primero.

—¡Oh, Susan! ¡Tu lenguaje!

—Me voy de aquí. Ya estoy harta de todos ustedes. Enviaré a alguien por mi maleta mañana —y se retiró por la puerta.

—Adiós, Susan. El mejor remedio es un calmante... — repentinamente su expresión se tornó de lívida a severa cuando la puerta se hubo cerrado tras de la excitada y furiosa mujer—. Esa pandilla significa negocios. Mire qué tan cerca hacen su juego. Su carta tiene el matasellos de las 10 P. M. y con todo, Susan se lo comunica a Barney. Barney tiene tiempo de ir a su patrón y obtener instrucciones; él o ella (me inclino por lo último de acuerdo a la ironía de Susan cuando pensó que había cometido un error) idea un plan. Se llama al negro Steve, y soy amenazado a las once en punto de la mañana. Así de rápido trabaja esta gente.

—¿Pero qué es lo que quieren?

—Sí, esa es la pregunta. ¿Quién tenía la casa antes que usted?

—Un capitán de mar retirado llamado Ferguson.

—¿Algo memorable acerca de él?

—Nada que haya oído.

—Me pregunto si pudo haber enterrado algo. Por supuesto, cuando la gente entierra los tesoros hoy en día lo hacen en el banco o en la oficina de correos. Pero siempre hay algunos lunáticos en este tema. Sería un mundo aburrido sin ellos. Al principio pensé que había enterrado algo de valor. ¿Pero por qué, en ese caso, podrían querer su mobiliario? ¿No tendrá usted un Rafael o un manuscrito de Shakespeare sin saberlo?

—No, no lo creo, no tengo nada más raro que un juego de té de Crown Derby.

—Eso no justificaría todo este misterio. ¿Por qué no deberían decir abiertamente qué es lo que quieren? Si codiciaran su juego de té, podrían seguramente ofrecer un precio por él sin comprar lo que está encerrado, almacenado y puesto en barriles. No, como yo lo veo, hay algo que usted no sabe que lo tiene, y que no se lo daría si lo supiera.

—Así lo veo yo —dije.

—El Dr. Watson está de acuerdo, así que eso lo zanja.

—¿Y bien, Sr. Holmes, qué puede ser?

—Veamos si por el puro análisis mental podemos llegar a alguna conclusión. Ha estado viviendo en esta casa durante un año.

—Casi dos.

—Mejor aún. Durante este largo período nadie quiso nada de usted. Ahora repentinamente en tres o cuatro días tiene urgentes demandas. ¿Qué deduce de ello?

—Eso sólo puede significar —dije— que el objeto, cualquiera que sea, ha llegado a esta casa recientemente.

—Está en lo correcto una vez más —dijo Holmes—. En ese caso, Sra. Maberley, ¿ha recibido un objeto recientemente?

—No, no he comprado nada nuevo este año.

—¡De veras! Eso es algo notable. Bien, creo que tenemos que permitir que algunos asuntos sigan su curso hasta que tengamos datos más claros. ¿Es un hombre preparado su abogado?

—El señor Sutro es una persona muy capaz.

—¿Tiene alguna otra doncella, o la linda Susan, que en este momento ha cerrado con un portazo la puerta delantera, era la única?

—Tengo una muchacha joven.

—Entonces procure conseguir que el señor Sutro duerma en la casa un par de noches, porque quizás necesite usted protección.

—¿Protección ante quién?

—¡Vaya usted a saber! El asunto es, desde luego, oscuro. Si no logro descubrir qué es lo que andan buscando, tendré que abordar el asunto por el otro extremo, procurando acercarme al urdidor de todo esto. ¿Le dejó alguna dirección el agente de alquileres?

—Nada más que su tarjeta, en la que consta su profesión: Haines Johnson, subastador y tasador.

—No creo que lo encontremos en la guía de profesionales. Los hombres que se dedican a negocios honrados no ocultan la dirección de su lugar de trabajo. Está bien, comuníqueme cualquier novedad que ocurra. Me he hecho cargo de su caso, y puede confiar en que lo seguiré hasta el final.

Cuando cruzábamos por el vestíbulo, los ojos de Holmes, a los que nada se les escapaba, se fijaron en varias maletas y cajones que estaban apilados en un rincón y en los que se destacaban unas etiquetas.

—«Milán». «Lucerna». Este equipaje procede de Italia.

—Son las cosas del pobre Douglas.

—¿Todavía no las ha desempaquetado? ¿Desde cuándo las tiene en casa?

—Llegaron la semana pasada.

—Pero usted nos dijo... ¡Vaya, aquí tenemos el eslabón que nos faltaba! ¿Cómo sabe que no hay ahí dentro nada de valor?

—Porque no puede haberlo, señor Holmes. El pobre Douglas sólo contaba con su paga y una pequeña renta anual. ¿Qué es lo que podría poseer de valor?

Holmes permaneció un rato absorto en sus meditaciones. Por último dijo:

—Señora Maberley, ordene sin perder un momento que suban todas estas cosas a su dormitorio. Examínelas lo antes posible, y vea qué es lo que contienen. Vendré mañana para conocer su dictamen.

Era evidente que Los Tres Gabletes se hallaban sometidos a estrecha vigilancia, porque cuando circunvalamos la alta cerca, al final del camino, vimos que el boxeador negro estaba allí, a la sombra. Tropezamos con él de improviso, y su figura resultaba, en aquel lugar solitario, sombría y amenazadora. Holmes se puso la mano en el bolsillo.

—Buscando el revólver, ¿verdad, señor Holmes?

—No, Steve; buscando mi frasco de perfume.

—Es un hombre de buen humor, señor Holmes, ¿verdad?

—No le divertirá mucho, Steve, si me pongo a perseguirle. Se lo advertí esta mañana.

—Está bien, señor Holmes, he pensado en todo lo que usted me dijo, y no quiero que se hable más del asunto del señor Perkins. Mire, señor Holmes, si yo puedo ayudarlo en algo, cuente conmigo.

—Entonces dígame quien está en el fondo de todo este asunto.

— ¡Que Dios me valga, señor Holmes, le dije la pura verdad! Lo ignoro.

Mi mandamás, Barney, me da diversas órdenes, y yo no sé nada.

— Entonces bien, Steve, no olvide que la señora que vive en esa casa y todo cuanto hay debajo de ese techo están bajo mi protección. Téngalo presente.

— Perfectamente, señor Holmes. Me acordaré de ello.

— La verdad es, Watson, que he logrado asustarlo y hacerlo temer por su propio pellejo — contestó Holmes, mientras caminábamos—. Creo que sería capaz de traicionar a su patrón si supiese quién es. Fue una suerte que yo estuviese algo enterado de las actuaciones del grupo de Spencer John, y que Steve sea un miembro del mismo. Y bien, Watson, éste es un caso como para consultarlo con Langdale Pike, y ahora mismo voy en su busca. Quizá cuando regrese consiga ver más claro en el asunto.

No volví a ver a Holmes en el transcurso del día, pero puedo suponer perfectamente de qué manera lo pasó, porque Langdale Pike era su libro viviente de consulta en todo cuanto se relacionaba con los escándalos de sociedad. Este personaje extraordinario y lánguido pasaba sus horas de vigilia en el arco de la ventana de un club de la calle Saint James y era tanto el receptor como también el transmisor de todos los chismes de la metrópolis. Se dedicaba a escribir artículos con los que contribuía todas las semanas a la basura que satisface a un público inquisitivo. Si bien nunca había bajado a las turbidas profundidades de la vida de Londres, si había algún extraño remolino o espiral sobre la superficie, era señalado con automática exactitud por este dial humano. Holmes discretamente había ayudado a Langdale con su conocimiento, y en una ocasión fue ayudado a su vez por Langdale.

Cuando temprano a la mañana siguiente, me encontré con mi amigo en su habitación, supe observando su porte que todo estaba bien, pero nada menos que una desagradable sorpresa nos estaba esperando. Tomó la forma del siguiente telegrama:

«Por favor venga inmediatamente. Casa de cliente desvalijada durante la noche. Policía en la casa.

SUTRO».

Holmes silbó.

— El drama ha llegado a una crisis, y más rápido de lo que esperaba. Hay un gran poder detrás de este asunto que maneja todo, Watson, lo que no me sorprende después de lo que escuché. Este Sutro, por supuesto, es su

abogado. Cometí un error, me temo, en no preguntarle si quería pasar la noche de guardia. Este tipo ha demostrado claramente no tener redaños. Bien, no hay nada que hacer excepto otro viaje a Harrow Weald.

Encontramos a Los Tres Gabletes con un aspecto diferente del ordenado hogar del día anterior. Un pequeño grupo de curiosos se habían congregado en la puerta del jardín, mientras un par de alguaciles estaban examinando las ventanas y los setos de geranios. En el interior nos encontramos con un formal y gris caballero, quién se presentó como el cooperativo abogado, así como con un rubicundo y bullicioso inspector de policía, quien saludó a Holmes como un viejo amigo.

— Señor Holmes, me temo que en esta ocasión no tiene nada que hacer aquí. Se trata de un robo corriente y moliente, muy dentro de la capacidad de la pobre policía rutinaria. No se necesitan especialistas.

— Desde luego que el caso está en muy buenas manos —le contestó Holmes— . ¿De modo que se trata de un simple robo?

— Así es. Sabemos perfectamente quienes son los asaltantes y adónde los encontraremos. Se trata del grupo de Barney Stockdale, del que forma parte el negro corpulento. Se los ha visto por estos alrededores.

— ¡Magnífico! ¿Qué se llevaron?

— Verá, por lo visto muy poca cosa. Dieron cloroformo a la señora Maberley y la casa fue..., ¡pero aquí tenemos frente a nosotros a la misma señora en persona!

Nuestra amiga del día anterior había entrado a la habitación. Se apoyaba en una joven y parecía pálida y enferma.

— Señor Holmes, me dio usted un buen consejo —dijo, sonriendo tristemente—. ¡Pero, no lo seguí! No quise molestar al señor Sutro, y me quedé sin protección alguna.

— Yo no me he enterado hasta esta mañana —explicó el abogado.

— El señor Holmes me aconsejó que hiciese pernoctar en la casa a un amigo. Desatendí su consejo y lo pagué.

— Parece que se encuentra usted muy mal —dijo Holmes—. Quizá no esté como para contarme lo que le ocurrió.

— Está todo aquí dentro —dijo el inspector, dando golpecitos en un voluminoso libro de notas.

—Sin embargo, si la señora no se siente demasiado agotada...

—La verdad es que queda muy poco por contar. No me cabe duda de que esa malvada Susan lo había preparado todo para que entrasen en la casa. Seguro que la conocían centímetro a centímetro. Tuve durante un instante la sensación del paño impregnado de cloroformo que me colocaron encima de la boca pero no puedo hacerme una idea del tiempo que permanecí sin conocimiento. Cuando me desperté, había un hombre junto a la cama y otro se incorporaba de entre el equipaje de mi hijo con un legajo de papeles en la mano. El equipaje estaba abierto en parte y el contenido desparramado por el suelo. Antes de que aquel hombre pudiera huir, yo me abalancé y me aferré a él.

—Corrió un peligro muy grande —dijo el inspector.

—Me aferré a él, pero me arrojó de una sacudida, y el otro debió golpearme, porque ya no recuerdo nada más. La doncella, Mary, se despertó con el ruido y pidió socorro a gritos por la ventana. Eso hizo que acudiese la policía, pero aquellos bandidos habían huido.

—¿Qué es lo que se llevaron?

—Yo no creo que falte nada de valor. Estoy segura de que no había nada de valor en las maletas de mi hijo.

—¿No dejó aquel hombre algo que pueda servir de clave?

—Quedó una hoja de papel que es muy posible que le haya quitado cuando me aferré a él. Estaba en el suelo toda arrugada. Es de letra de mi hijo.

—Lo que quiere decir que nos servirá de muy poca cosa —dijo el inspector—. Si, en cambio, hubiese sido de letra del ladrón...

—Exactamente —dijo Holmes—. ¡Qué sentido común más firme! En todo caso, me gustaría examinar ese papel.

El inspector sacó de su cartera una hoja de papel, doblada, tamaño folio, y dijo con solemnidad:

—Yo no dejo que se me escape nada, por insignificante que parezca. Es un consejo que le doy a usted, señor Holmes. Veinticinco años de experiencia me han hecho aprender la lección. Siempre existe alguna posibilidad de que se encuentren huellas dactilares, o alguna otra cosa.

Holmes examinó la hoja de papel. —¿Qué saca en claro de esto, inspector?

—Da la impresión de que se trata de la última hoja de una novela rara, por lo que yo he podido ver.

—Sí, muy bien podría ser que con ella termine una curiosa historia —dijo Holmes—. Se habrá fijado en que lleva en lo alto la numeración de la página. Es la doscientas cuarenta y cinco. ¿Dónde están las doscientas cuarenta y cuatro que faltan?

—Creo que se las llevaron los ladrones. ¡Que les aproveche!

—Resulta extraño que asalten una casa para robar unos papeles como esos. ¿No le sugiere nada ese hecho?

—Sí, señor; me hace pensar en que, con la precipitación del momento, se llevaron lo primero que tuvieron a mano. ¡Que disfruten alegremente de su botín!

—¿Por qué razón tenían que revolver en el equipaje de mi hijo? —preguntó la señora Maberley.

—Verá, al no encontrar en la planta baja objetos de valor, subieron a probar fortuna en el piso alto. Así es como yo lo interpreto. ¿Qué le parece a usted, señor Holmes?

—Tengo que meditar sobre eso, inspector. Watson, venga hasta la ventana —una vez allí los dos, Holmes leyó el escrito hasta el final. Empezaba en la mitad de una frase y decía así:

«... cara sangraba considerablemente de los cortes y de los golpes, pero aquello no era nada comparado con lo que sangró su corazón cuando vio el rostro encantador, aquel rostro por el que había estado dispuesto a sacrificar su propia vida, contemplando su angustia y su humillación. Ella se sonreía...; sí, vive Dios, se sonrió, como demonio sin corazón que era, cuando él alzó su vista para mirarla. En aquel instante el amor murió y nació el odio. Todo hombre debe vivir para algo. Si no he de vivir para abrazarte, señora mía, entonces tendré seguramente que vivir para destruirte para que mi venganza sea completa».

—¡Extraña redacción! —dijo Holmes sonriendo, al devolver el papel al inspector—. ¿Se fijó en que de pronto deja de hablar en tercera persona y escribe en primera? Entusiasmado con su relato, el autor del escrito se imaginó en el momento supremo que era él mismo el protagonista.

—Sí, me pareció una escritura inconsistente —dijo el inspector, volviendo a colocar la hoja en su cartera—. ¡Cómo! ¿Se va, señor Holmes?

—No creo que tenga nada que hacer aquí una vez que el asunto se halla en tan buenas manos. A propósito, señora Maberley. Me dijo que deseaba viajar, ¿verdad?

—Viajar ha sido siempre mi mayor ilusión, señor Holmes.

—¿A dónde le gustaría ir: a El Cairo, Madeira, la Riviera...?

—Oh, si tuviera dinero iría alrededor del mundo.

—Exactamente. Alrededor del mundo. Bien, buenos días. Le enviaré algunos renglones por la tarde.

Cuando pasamos la ventana vi al avanzar la sonrisa del inspector y la sacudida de cabeza. «Estos tipos astutos siempre tienen un toque de locura». Eso fue lo que leí en la sonrisa del inspector.

—En fin, Watson, estamos en la última etapa de nuestro pequeño viaje —dijo Holmes cuando regresábamos entre el bullicio del centro de Londres una vez más—. Creo que podremos tener más claro el asunto inmediatamente, y sería bueno si pudiera acompañarme, porque es más seguro tener un testigo cuando uno se enfrenta con una señora como Isadora Klein.

Tomamos un taxi y salimos acelerados hacia alguna dirección en Grosvenor Square. Holmes había estado ensimismado con sus pensamientos, pero se avivó de repente.

—A propósito, Watson, ¿supongo que lo ve todo claramente?

—No, no puedo decir tal cosa. Solamente puedo deducir que estamos yendo a ver a la señora que está detrás de estas acciones.

—¡Exactamente! ¿Pero el nombre de Isadora Klein no le dice nada? Ella era, por supuesto, la belleza por excelencia. Nunca hubo una mujer que se le pudiera comparar. De pura raza española, de la sangre real de los magistrales conquistadores. Sus familiares han sido los líderes en Pernambuco durante generaciones. Se casó con el anciano rey del azúcar alemán, Klein, y actualmente es la más rica así como también la más amada viuda sobre la tierra. Después hubo un periodo de aventuras donde ella se rindió a sus propios deseos. Tenía varios amantes, y Douglas Maberley, uno de los más notables hombres en Londres, fue uno de ellos. Fue según los rumores, más que una mera aventura la relación que mantuvo con él. No era una débil mariposa de sociedad, sino un fuerte y orgulloso hombre que daba y esperaba todo. Pero ella es la «*belle dame sans merci*»^(fr. hermosa dama sin piedad) de

la ficción. Cuando su capricho era satisfecho el asunto se terminaba, y si la otra parte no quería aceptar sus palabras, sabía cómo quitárselos de encima.

—Entonces esa fue su propia historia...

—¡Ah! Ya está uniendo las piezas. He oído que está a punto de casarse con el joven duque de Lomond, quien podría ser su hijo. Su madre Grace puede pasar por alto la edad, pero un gran escándalo sería un hecho diferente, así que es imperativo... ¡Ah! Aquí estamos.

Era una de las más finas casas esquineras del West End. Un lacayo cogió nuestras tarjetas y regresó comunicándonos que la señora no estaba en casa.

—Entonces esperaremos hasta que regrese —dijo Holmes festivamente.

—Que no esté en casa significa que no está para usted —dijo el lacayo.

—Perfecto —respondió Holmes—. Eso significa que no tendremos que esperar. Sea tan amable de darle esta nota a su señora.

Garabateó tres o cuatro palabras sobre una hoja de su agenda, la dobló y se la entregó en mano al hombre.

—¿Qué decía, Holmes? —pregunté.

—Simplemente escribí: «¿Preferiría a la policía?». Creo que eso debería permitirnos entrar.

Lo hizo... con increíble celeridad. Un minuto después estábamos en un salón al estilo de las Noches de Arabia, vasto y maravilloso, en un penumbra deliberadamente conseguida mediante una ocasional luz eléctrica rosa. La señora había llegado, según me pareció, a ese tiempo de la vida cuando incluso la más soberbia belleza encuentra a la media luz una mejor bienvenida. Se levantó del sofá cuando entramos: alta, majestuosa, una figura perfecta, una hermosa cara como si fuera una máscara, con dos maravillosos ojos españoles que parecían asesinarlos a ambos.

—¿Qué significan esta insistencia y este mensaje insultante? —preguntó, mostrando la hoja de papel.

—No necesito explicarlo, señora. Siento demasiado respeto por su inteligencia para hacer semejante cosa, aunque reconozco que en los últimos días esa inteligencia ha tenido deslices sorprendentes.

—¿Cómo es eso, señor?

—Suponiendo que sus fanfarrones a sueldo podían apartarme de mi tarea con amenazas. Ningún hombre se lanzaría a la profesión a la que yo me dedico si no fuera porque el peligro lo atrae. ¿De tal modo que fue usted la que me obligó a hacer indagaciones en el caso del joven Maberley?

—No tengo la menor idea de lo que está hablando. ¿Qué tengo que ver con esos fanfarrones a sueldo?

Holmes se dio media vuelta con expresión de desgana.

—En efecto, he menospreciado su inteligencia. ¡Buenas tardes!

—Espere. ¿A dónde va usted?

Estábamos todavía a mitad de camino de la puerta, cuando ella nos alcanzó y agarró a Holmes del brazo. Se había transformado instantáneamente de acero en terciopelo.

—Vengan, señores, y tomen asiento. Discutamos el asunto a fondo. Señor Holmes, tengo la sensación de que puedo hablar francamente con usted, porque posee los sentimientos de un caballero. ¡Qué rápidamente lo descubre el instinto de una mujer! Lo trataré a usted como a un amigo.

—No puedo prometerle reciprocidad, madame. Yo no soy la ley, pero represento a la justicia hasta donde alcanzan mis pobres facultades. Estoy dispuesto a escuchar, y después le diré qué es lo que voy a hacer.

—Fue una estupidez mía, desde luego, amenazar a un hombre valeroso como usted.

—Lo verdaderamente estúpido, madame, es que usted se haya entregado a manos de un grupo de sinvergüenzas capaces de someterla a un chantaje o denunciarla.

—¡No, no! No soy tan bobalicona. He prometido hablarle con franqueza, le diré que nadie, fuera de Barney Stockdale y de Susan, su mujer, tiene la más remota idea de quién es la persona a la que obedecen. Por lo que a ellos respecta, le diré que no es la primera...

Se sonrojó y asintió con un movimiento de cabeza, adoptando unos aires encantadores de mujer coqueta intimidada.

—Comprendo. Los ha puesto a prueba antes.

—Son unos buenos sabuesos que siguen la pista en silencio.

—Pero esa clase de sabuesos tiene la costumbre de morder más pronto o más tarde la mano que les da de comer. Serán encarcelados por este robo. La policía los busca ya.

—Cargarán con lo que les corresponda. Para eso se les paga. Mi nombre no se pronunciará para nada en este asunto.

—A menos de que yo la haga figurar dentro del mismo.

—No, no; usted no lo hará. Usted es un caballero, y se trata de un secreto de mujer.

—En primer lugar, tiene que devolver ese manuscrito.

Se rio a carcajadas, y cruzó la sala hasta la chimenea. Había en ella una masa calcinada que revolvió con el hurgón.

—¿Quiere que devuelva esto? —preguntó.

Tan canallescamente exquisita parecía, plantada delante de nosotros con una sonrisa desafiante, que comprendí que entre los criminales de Holmes, aquella mujer era la única a la que a éste le resultaría más difícil hacer frente. Sin embargo, Holmes era inmune al sentimentalismo, y dijo fríamente:

—Eso decide su suerte. Ha sido muy rápida actuando, madame, pero en esta ocasión se ha excedido.

Ella tiró al suelo el hurgón, que sonó con estrépito, y exclamó:

—¡Qué duro de corazón es usted! ¿Quiere que le cuente todo lo ocurrido?

—Creo que podría contárselo yo mismo.

—Pero es preciso, señor Holmes, que mire la cuestión con mis propios ojos. Comprenda el punto de vista de una mujer que ve cómo se viene abajo en el último instante toda la ambición de su vida. ¿Puede censurársele que se defienda?

—Suyo fue el pecado primitivo.

—¡Sí, sí! Lo reconozco. Douglas era un muchacho encantador, pero la mala suerte quiso que no encajase dentro de mis proyectos. Él quería casarse..., casarse, señor Holmes; que me casase con un hombre corriente y sin dinero. No se conformó. Después se puso terco. Creyó que porque yo había cedido

tenía que seguir cediendo, y ceder a él solo. Eso era intolerable, y tuve que acabar por hacérselo comprender.

—Y se lo hizo comprender alquilando a un grupo de maleantes para que lo apalearan debajo de su ventana.

—Por lo visto, usted lo sabe todo. Sí, es cierto. Barney y sus hombres se lo llevaron en coche y lo trataron, lo reconozco, con algo de dureza. Pero ¿qué hizo él entonces? ¿Podía creer que un caballero cometiese acción semejante? Escribió un libro en el que relató su propia historia. Yo, como es natural, era el lobo; él, en cambio, era el cordero. En ese libro, aunque bajo nombres distintos, como es natural, se relataba todo; pero, aunque los nombres fuesen distintos, ¿habría habido en todo Londres una sola persona que no cayese en la cuenta? ¿Qué me dice de eso, señor Holmes?

—Digo que estaba dentro de sus derechos.

—Fue como si los aires de Italia se le hubieran metido en la sangre, introduciendo en él el tradicional espíritu vengativo italiano. Me escribió y me envió una copia de su libro a fin de que yo sufriese por anticipado la tortura. Me decía que existían dos copias, una para mí y otra para su editor.

—¿Cómo supo usted que el editor no había recibido su copia?

—Yo sabía quién era su editor, porque no era ésa su primera novela. Me enteré de que no había recibido noticias de Italia. Entonces se produjo la muerte súbita de Douglas. Mientras existiese el otro manuscrito, no habría seguridad para mí. Tenía que encontrarse entre sus efectos personales, y éstos serían devueltos a su madre. Hice entrar en acción a la banda. Una de las personas de la misma se colocó de sirvienta en la casa. Quise realizar el trabajo honradamente. Le aseguro de verdad que yo quería actuar de ese modo. Estaba dispuesta a comprar la casa con todo lo que ella contenía. Ofrecí pagar el precio que ella quisiese pedir. Únicamente recurrí a otros medios cuando hubo fallado todo lo demás. Entonces bien, señor Holmes, reconociendo que yo traté con excesiva dureza a Douglas, ¡y bien sabe Dios lo apesadumbrada que estoy!, ¿qué otra cosa podía hacer cuando se jugaba todo mi porvenir?

Sherlock Holmes se encogió de hombros.

—Bien, bien —le contestó—; me imagino que, como de costumbre, no tendré más remedio que transigir con un delito. ¿Cuánto vendrá a costar un viaje alrededor del mundo hecho a toda comodidad?

La dama lo miró con ojos de asombro.

—¿Podría realizarse con cinco mil libras?

—¡Sí, yo creo que sí, desde luego!

—Perfectamente. Creo que usted me firmará un cheque por esa cantidad, y yo me cuidaré de que llegue a manos de la señora Maberley. Es acreedora de que usted le proporcione un pequeño cambio de aires. Y para terminar, señora mía —al decir esto, Holmes le apuntó con el índice en señal de advertencia—: ¡Tenga cuidado! ¡Tenga cuidado! ¡No es posible jugar toda la vida con instrumentos de filo sin cortarse alguna vez esas manos tan delicadas!

¿Deseas continuar las aventuras de nuestro famoso detective?

Encuentra **todos** los libros GRATUITOS de Holmes y Watson en
SherlockHolmes.page



SherlockHolmes.page